

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8343

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRIPCIONES.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Cempartín, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 21, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 188.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 30 de Agosto de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus piés rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la jira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para rémate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1890 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

NO MAS CALENTURAS

Se acubaran las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las píldoras antifebrífugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cáceres.

Es tan grande la eficacia de nuestras píldoras antifebrífugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las Calenturas desde el momento en que las empiezan á usar siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro sino que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sucediendo todo ello de una manera tan rápida en la economía que permiten que el paciente continúe consagrado á sus ocupaciones constantes, sean las que fueren, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras píldoras antifebrífugas.

Precio de la caja entera. 22 rs.
Id. de la media caja. 11 rs.

Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Germes hermanos; Carmen 12 y Mayor 14, Cartagena.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*.



EL ABONO DE LAS TIERRAS

Mucho se habla de protección y de subida de aranceles: todo se convierte en Espeña en materia de infecunda política; pero se desdennan detalles que, á juicio nuestro, tienen bastante interés.

Es la cuestión de los abonos de las que más influencia ejercen en la abundancia ó escasez de nuestros productos, y no obstante esta gran verdad, apenas si abonamos nuestras tierras con otra sustancia que el tradicional y escaso estiércol ó con algunas cantidades de guano.

Nuestros vecinos los franceses se preocupan de continuo en un punto de gran vitalidad para su riqueza. Basta abrir cualquiera de sus innumerables Revistas de agricultura, para convencerse de ello. Más allá del Pirineo se preocupan de Boulanger

y de Ferry, pero nunca pierden de vista que esas cuestiones no rinden los provechos que el estudio de cuanto se relaciona con la manera de preparar y cultivar tierras, árboles y semillas.

Ahora mismo, y conocido que la tierra no contiene las cantidades de hierro, nitrógeno, magnesia, potasa y cal, que las plantas necesitan para su desarrollo y producción, se preocupan de cuál es la cantidad que por punto medio lleva la tierra de cada una de esas sustancias, y qué forma ha de emplearse para restituirle esos principios de vegetación.

De los estudios llevados á cabo por MM. Joulié y Risler, sobre las propiedades de algunas tierras arables, para cultivar en ellas los cereales, se deduce, que es necesario contengan por lo menos un uno por mil de nitrógeno. Cuando la proporción es menor, conviene dedicar el suelo á pastos ó dehesas, pues así no se estenua atendida la menor nitrificación de las plantas que sostiene.

Un terreno que contenga un uno por mil de nitrógeno, como proporción fija, puede admitirse que resiste, con cuarenta mil kilos de estiércol que tenga un cinco por mil de nitrógeno, á tres cosechas de cereales, leguminosas ó raíces. Pero como no todos los agricultores pueden disponer de esa cantidad de estiércol, ni aun éste tiene siempre la requerida composición química (sin contar con que las transformaciones tampoco se verifican en los mismos grados), hay que recurrir al empleo de abonos nitrogenados.

Usanse comunmente como abonos nitrogenados, las materias orgánicas ó las sustancias minerales que lo contengan, y entre estas, se prefieren el nitrato de soda y el sulfato de amoniaco.

Las materias orgánicas que entran por lo común en tal género de abonos, son: los desechos de lana, los residuos de la fabricación de azúcar, los alpechines de los molinos aceiteros, la sangre desecada, las materias fecales, los guanos, los residuos de las destilerías, etc.

Muchos creen que la acción de estos abonos es muy lenta; pero si esto resulta cierto, en las lanas, pelos etc., desaparece empleando las materias fecales, los guanos y los arperchines.

En cuanto á los abonos minerales, está probado que el nitrato de soda contiene de un 15 á un 16 por 100 de nitrógeno; el sulfato de amoniaco de 20 á 21 por 100. Para el empleo de uno ú otro, los agricultores que lo han usado en sus granjas, aconsejan que el primero debe echarse en épocas de sequía, á causa de su mucha solubilidad, mientras el último puede usarse en tiempo lluvioso.

Se achaca á los abonos minerales nitrogenados el inconveniente de que esterilizan el suelo, cosa que no deja de tener fundamento, sobre todo cuando se emplean con exclusión de cualquiera otro; porque favoreciendo la absorción de varios elementos útiles del suelo aumentan los rendimientos, pero esquilman la tierra y la dejan en ocasiones improductiva por algún tiempo. El verdadero, el inteligente agricultor, no comete tales desaciertos, pues tiene buen cuidado de abonar sus tierras con todo

aquello que necesitan las pérdidas del jugo, la alimentación de las plantas y la naturaleza misma del suelo.

Se sabe que las plantas absorben el carbono según el vigor de su vegetación, esto es, según las cantidades de nitrógeno que toman del suelo y según también la proporción de los alimentos minerales útiles que contienen, y entre éstos el que se estima como el más importante es el fósforo, que generalmente se devuelve á la tierra en forma de fosfato. Si una cosecha necesita absorber para desarrollarse con regularidad cuarenta kilogramos de ácido fosfórico, y no encuentra más que veinte, no aprovechará por cierto el nitrógeno que se ponga á su disposición. La pobreza del suelo en fósforo hará inútil su riqueza en los otros elementos indispensables á la planta.

El asunto es algo complejo, y para los profanos ofrece dificultades; pero no hay que olvidar que Francia, ciertas zonas de América del Norte y algunas provincias del septentrión de Italia, están obteniendo pingües resultados con el empleo de abonos artificiales, en los que predominan los minerales.

Y como este es un punto en el que España apenas se ha iniciado, bueno será que nuestros agricultores lo analicen, á fin de buscar por todos los medios el más preconizado para el mejoramiento de la agricultura.

Variedades.

IMPRESIONES DE UNA VISITA A GATCHINA

Tenemos una verdadera satisfacción en dar á conocer en España alguno de los bellísimos capítulos que forman el libro «Pensées et essais», que acaba de aparecer en París.

Su autor Mr. Jesse Shepard, ha impreso este libro en francés para sus amigos, como un ensayo literario que revela su profundo talento y sus sentimientos nobles y elevados.

Creemos que el interesante recuerdo de Gatchina, ese palacio de los czares, tan poco conocido entre nosotros como lo son casi todas las notabilidades rusas, habrá de ser grato á nuestros habituales lectores.

En un país solitario, lejos de las ruidosas multitudes y oculto por un ancho bosque de abetos, se encuentra el palacio de Gatchina, residencia del czar de todas las Rusias.

Al intentar describir mi visita á este antiguo y famoso edificio, y la recepción que en él se me hizo, mi pensamiento se siente dominado por una tierna y desusada emoción.

Después de pasar algunas horas en el ferrocarril, llegamos á la villa de Gatchina, donde nos esperaban los carruajes que el emperador había puesto á nuestras órdenes, los que nos transportaron á través de escarpadas y agrestes colinas, á un vasto parque, que atravesamos para llegar al patio de honor de palacio.

Con la imaginación presa de diversas emociones crucé la verja de hierro que cierra este patio, cuya soledad parecían cernerse ideas de misterio y grandeza.

Un torbellino de impresiones vagas, diversas como las ilusiones de un sueño, se iba apoderando de mi espíritu, despierto á la

realidad de la vida con el eco de las pisadas de los caballos, que al resonar sobre el pavimento del solitario recinto, rompían el silencio de muerte que reinaba por todas partes, contrastando con la agitación de mis pensamientos, como pueden contrastar lo real y lo ideal.

La impresión que Gatchina produce sólo es comparable á la que se siente ante la gran Pirámide de Egipto. Esta construcción es en las llanuras nevadas de la Rusia, lo que ese monumento en los desiertos que fecunda el Nilo.

Situada en la latitud Norte, lejos de las grandes capitales, esta residencia real es tan solitaria é inaccesible, que puede asegurarse que la morada de los czares no tiene nada de común con los palacios de los soberanos, ni recuerda ninguna otra mansión real.

Al llegar á ella parece que se entra en la región de la eterna tristeza, donde el espíritu inquieto se complace en evocar la idea de las conquistas y las pérdidas de los tronos, de las angustias y de las grandezas de los reinos, marcadas por los actos de cada una de esas vidas perpetuadas en la historia.

Al levantarnos de una mesa santuosamente servida, con todos los refinamientos que el arte combia para satisfacer al gusto más delicado, no pude desechar ciertas ideas de tristeza que me recordaron las escenas del banquete de Shakespeare. Mi imaginación buscaba los espectros y los puñales. Por una preocupación cuya razón no me explico, el aspecto del pavimento entarimado, de los techos rasos pintados al fresco, de los muros ornados de arabescos, y de las extrañas ventanas de antigua forma, transportaban mi espíritu á las lejanas y sombrías regiones de la Siberia, cuyo solo nombre hace recordar la desolación de una separación eterna.

Parecióme sentir en el interior de este palacio, como un simoun desencadenado sobre un mar de hielo, porque en él se reflejan los gustos y las costumbres de los que construyeron, así como los de sus descendientes, que buscan en el retiro de sus muros un descanso contra la obligada etiqueta social del palacio de San Petersburgo.

Por la noche, la triste impresión de esta soledad se me hizo más profunda, no pudiendo desecharla de mi espíritu hasta que la etiqueta me permitió retirarme.

Para llegar al departamento que se me había preparado, y donde esperaba descansar, tuve que atravesar dos extraños vestíbulos y algunos tortuosos corredores, subiendo una amplia escalera de granito.

El mayordomo que me guio abrió la puerta de mi habitación, y la luz de la bujía de cera que llevaba en la mano iluminó un cuadro antiguo que representaba un guerrero.

Este extraño retrato parecía añadir una nota interesante al misterioso encanto que yo encontraba en aquel lugar, estimulándome á buscar en los demás lienzos el complemento de aquel recuerdo de una época lejana.

Apenas pude conciliar el sueño aquella noche; misteriosos ruidos parecían unirse á las quejas de viento del Norte, que agitaba rudamente el bosque de abetos tronchando algunas ramas.

Los viejos retratos parecían destacarse del muro, con sus colores, sombríos, para lanzar una mirada de cinico orgullo y de soberbia altanería, preguntando qué hacía allí y con qué derecho interrumpía su soledad un representante de la calenturienta vida moderna.